

Capítulo 4

Sociologías públicas y la producción del cambio social en el Chile de los noventa*

Tomás Ariztía / Oriana Bernasconi

Creo no equivocarme al decir que la modernidad constituye para mi generación la matriz social más poderosa de su experiencia; experiencia de tiempo y espacio, de su identidad personal y de los otros, de cambio del mundo y de nuestras imágenes de sociedad (José Joaquín Brunner 1994: 12).

La pregunta por la vocación pública de la sociología chilena de los noventa

El año 2004, en la reunión anual de la Asociación Norteamericana de Sociología, Michael Burawoy dedicó su discurso presidencial a una reflexión sobre el conocimiento, la práctica sociológica y el rol que le compete a la disciplina en la sociedad contemporánea. El diagnóstico de Burawoy era que la sociología, dominada por el quehacer académico y profesional, enfrentaba un déficit en su intención crítica y en su capacidad de proveer de explicaciones comprensivas de los asuntos sociales. Según Burawoy, para reconectar sociología y sociedad era necesario girar hacia la *sociología pública*, definida como aquella que, orientándose hacia una audiencia más amplia que la académica, entabla conversaciones con diversos públicos, vehiculizando discusiones de interés general sobre la “naturaleza y los valores de la sociedad”, sus “malestares” y también sus “tendencias”. Esta sociología pública tendría

* Este artículo fue financiado por un proyecto VRA de la Universidad Diego Portales. Agradecemos la asistencia de Cristóbal Grebe en la preparación de la base de datos de textos públicos de las ciencias sociales de los años noventa y su participación en los primeros análisis de los textos estudiados, así como la colaboración de Martina Yopo en la búsqueda y el análisis de bibliografía complementaria.

por tarea canalizar hacia la sociedad debates que emergen en y a través de la disciplina, a la vez que participaría en la formación de públicos comprometidos con la discusión; públicos que la sociología misma crea mediante sus categorizaciones y problematizaciones (clase, minoría, red, etc.). En la visión de Burawoy, el fortalecimiento de la sociología de vocación pública vendría a complementar otros tipos de la disciplina: la *sociología profesional* (dedicada a generar teorías y métodos), la *sociología aplicada* (orientada a dar respuestas a preguntas provenientes de otros campos) y la *sociología crítica* (que examina los fundamentos y presupuestos de la sociología profesional, operando como la conciencia reflexiva de la disciplina).

La intervención de Burawoy dejó indiferente a pocos y despertó reflexiones, de crítica y apoyo, en distintas instancias académicas: libros, números especiales de revistas y debates en seminarios y congresos siguieron a este discurso presidencial.¹ Con todo, esta no es una reflexión novedosa. La trayectoria de la sociología mundial y latinoamericana está ligada a la pregunta por su vocación pública, básicamente porque es la ciencia a la cual históricamente le ha correspondido proponer interpretaciones sobre la sociedad y perspectivas acerca de su transformación.² Esta vocación pública representaría para varios no solo una de las orientaciones principales de la disciplina, sino la única posible (Wallerstein 2007, por ejemplo).

En esta trayectoria, la propia descripción de la categoría sociología o intelectualidad pública ha sido revisada. Tradicionalmente la sociología definió a los intelectuales como un grupo social cuyo trabajo involucraba el uso y manipulación de conocimiento abstracto. Además, este era un grupo que manifestaba compromiso con valores universales más allá del poder y los intereses de clase, y que participaba con estas herramientas en la vida pública con el propósito de diseminar conocimientos (Eyal y Buchholz 2010; Fleck, Hess y Lyon 2009). En este contexto, durante el siglo veinte, buena parte de la reflexión clásica se orientó a estudiar el rol del intelectual desde dos enfoques: i) la perspectiva de la filiación o lealtad política (Gramsci 1971), enfatizando la relación entre intelectualidad y poder (Brunner y Flisfisch 1984) y ii) la

1 Ver, por ejemplo, *Public Sociology*, editado por Clawson et al. en 2007; *Handbook of Public Sociology*, editado por Jeffries en 2009, e *Intellectuals and their Publics*, editado por Fleck, Hess y Stina Lyon en 2009.

2 Algunos textos clásicos que han enfrentado esta reflexión son Mannheim, K. (1932 [1993]), *La sociología de los intelectuales*; Wright Mills, C. (1959), *The Sociological Imagination*; Gouldner, A. (1979), *The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class*; Bourdieu, P. et al., *El oficio sociológico* (2003), *Homo academicus* (2008) y *Campo de poder, campo intelectual* (2002), y Bauman, Z. (1987), *Legisladores e intérpretes, sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales* (1987). En América Latina, la vocación pública de la sociología también ha sido un objeto de reflexión constante; por ejemplo, Brunner y Flisfisch 1983; Brunner 1989; Garretón 1981, 1989 y 2000; Lechner 1986, 1993; y Martuccelli y Svampa, 1993.

perspectiva de su pertenencia a un grupo, clase o tipo social que monopoliza ciertos capitales (Gouldner 1979):

Esto significa que, a pesar de sus diferencias, todas las tendencias principales de la sociología clásica de los intelectuales estaban intentando reducir las visiones de mundo y actitudes políticas de los intelectuales directamente desde tendencias sociales mayores o posiciones en la estructura social (Eyal y Buchholz 2010: 123).

En los setenta y ochenta, el giro reflexivo en las ciencias sociales reorientó la conceptualización del intelectual hacia explicaciones más relacionales. Bourdieu, por ejemplo, introdujo el concepto de campo como nivel intermedio entre la estructura (política, social) y la práctica de la intervención pública, redireccionando el análisis desde las características del grupo social hacia las propiedades del espacio intelectual. En los ochenta, la discusión sobre los intelectuales se caracterizó también por incorporar el concepto de “intelectual público” (Fleck, Hess y Lyon 2009; Eyal y Buchholz 2010). Aunque redundante en su definición, la noción surgió para diferenciar la figura del intelectual de la figura del experto, que habría aumentado su relevancia en la composición de la discusión pública, en un contexto de complejización del conocimiento, de crecimiento y diferenciación de audiencias y de diversificación de medios de comunicación. Esta nueva composición de la esfera pública estaría desafiando la figura prototípica del intelectual que apela a la sociedad en nombre de verdades universales. En el marco de estas transformaciones, recientemente Eyal y Buchholz (2010) han propuesto hacer transitar la discusión desde una *sociología de los intelectuales* hacia una *sociología de las intervenciones* en el espacio público. Si la primera estudia la figura del intelectual o su grupo de pertenencia, y “se focaliza en demostrar cómo las características sociales de este grupo explican las lealtades que mantiene” (Eyal y Buchholz 2010: 120), la segunda “despersonaliza” dicha figura, de modo de que no corresponde a un tipo social particular sino a una capacidad de impactar la esfera pública. Una sociología de las intervenciones toma como su unidad de análisis el movimiento de intervención mismo, centrando su atención en cómo formas de *expertise* adquieren valor como intervenciones públicas. En este sentido, repensar el rol del intelectual en términos de *tipos de intervenciones* implicaría multiplicar los formatos, dispositivos y prácticas clasificadas como intelectuales, y dar cabida a los diversos conocimientos y *expertise* que “logran inserción en la esfera pública” (Eyal y Buchholz 2010: 117).³

3 Osborne (2004), por ejemplo, distingue cuatro formas de intervención o “estrategias de trabajo intelectual”: legislación, interpretación, *expertise* y mediación (en Eyal y Buchholz 2010).

En paralelo a esta discusión académica norteamericana sobre la sociología y el intelectual público, al otro lado del Atlántico, Mike Savage (2009) generaba revuelo en la sociología británica con *Against Epocalism: An Analysis of Conceptions of Change in British Sociology*. En este artículo, Savage anuncia el fin de la *sociología epocal*, aquel estilo de análisis sociológico británico que, desde los años cincuenta, hizo descansar la caracterización de la sociedad contemporánea sobre su supuesta diferencia con respecto a un determinado orden social anterior. Según argumenta Savage, estas maneras *epocalistas* de narrar y demarcar el cambio social estarían ligadas a los instrumentos metodológicos elaborados por los científicos sociales en los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, especialmente la encuesta representativa y la entrevista. La sociología misma, Savage recuerda, se habría constituido a finales del siglo XIX proveyendo diversos diagnósticos de un naciente orden social ‘moderno’, que venía a erosionar las bases de un período histórico previo ‘antiguo’ o ‘tradicional’.

La lectura compartida de este diagnóstico de Savage (2007) junto a *The Coming Crisis of Empirical Sociology*, que escribiera con Borrows acerca del fin de la sociología empírica en la época del *knowing capitalism*, despertó nuestro interés por reflexionar sobre los modos en que se viene abordando el oficio sociológico en Chile. Un asunto que cada uno venía masticando individualmente y con menos sistematicidad en el contexto de la definición de nuestras propias líneas de trabajo, instalados en la academia luego de compartir la experiencia doctoral en Londres. Si bien el concepto de sociología pública remite a especificidades del desarrollo disciplinar propias de los países del norte (donde goza de un nivel de profesionalización lejano al alcanzado en Chile), nos preguntábamos en qué medida estos debates permitían reflexionar sobre la relación entre sociología y sociedad, especialmente durante los años noventa, cuando se recomponía la conexión entre los intelectuales y la sociedad luego del quiebre democrático de 1973.⁴ Distinguíamos una serie de condiciones que habían favorecido el despliegue de una intelectualidad pública en los noventa, como la recuperación de la democracia y, por consiguiente, de la libertad de prensa y de opinión, el inicio de los procesos de reconciliación nacional, la reapertura de las carreras de pregrado en ciencias sociales y la participación de sociólogos como asesores de campañas presidenciales y ministros de Estado de los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia. Pensábamos en las razones del éxito editorial

4 En los años noventa se abren las condiciones políticas, institucionales, comunicacionales e incluso comerciales para divulgar el pensamiento sociológico en la esfera pública, asociado a un proceso de institucionalización y profesionalización creciente de la disciplina. En la década anterior, si bien prolífica, la sociología crítica remitía su audiencia al ámbito académico y de las ONG. Ver por ejemplo Garretón 2005.

de *Chile actual: anatomía de un mito* (1997), del sociólogo Tomás Moulian,⁵ recordábamos debates señeros inaugurados por otros sociólogos como Norbert Lechner, y también textos de impacto de historiadores y filósofos como José Bengoa, Gabriel Salazar y Martín Hopenhayn. Y las ciencias sociales chilenas de los noventa aparecían como un espacio de modelamiento del debate público, vehiculizando el relato de los nuevos tiempos más allá de la academia pero tampoco no mucho más lejos de las elites. Nos preguntábamos cuáles serían los puntos de continuidad y ruptura entre este caso y la literatura de los países del norte, y qué aspectos específicos podrían definir el tipo de intervención realizada por los intelectuales chilenos. Si bien aportes como los de Martucelli y Svampa (1993) sobre la trayectoria de la sociología latinoamericana, o los propios análisis de José Joaquín Brunner y Manuel Antonio Garretón sobre los intelectuales y la sociología en Chile (Brunner y Flisfisch 1983; Brunner 1989a, 1989b; Garretón 1982, 1989), han resalta-do la vinculación de las sociologías latinoamericanas con las circunstancias sociopolíticas de sus sociedades, creíamos que aún quedaba mucho por reflexionar sobre la relación entre la sociedad y los intelectuales públicos –y en particular la sociología– en nuestra historia reciente.⁶ Así, la discusión gatillada en Norteamérica por la propuesta de Burawoy, la reflexión sobre la figura del intelectual en los países del norte y en América Latina, la sociología del intelectual como una sociología de las intervenciones y, sobre todo, la obra de los sociólogos chilenos que elegiríamos, nos surtieron de puntos de vista, preguntas, definiciones y clasificaciones para hacer de esta inquietud un ejercicio empírico.

Los casos de estudio

Guiados por las intuiciones y lecturas recién comentadas, decidimos sistematizar un trabajo de análisis. Nuestro objetivo era no tanto la búsqueda del ‘canon’ de la sociología pública chilena, sino principalmente la comprensión de algunas claves de la obra de autores centrales de una generación con la cual nos es necesario dialogar, tanto porque corresponde a un grupo que ha liderado la reflexión intelectual desde los ochenta, como porque contribuyó directa o indirectamente a nuestra formación. Esta es, además, la generación que sufre el período de ruptura y refundación de la disciplina, y que oficia de puente entre la etapa fundacional de fines de los cincuenta y el momento actual (ver Garretón 2005: 359).

5 La obra vendió más de 30 mil copias.

6 Ver Pinedo, J. 2000, Güell et al. 2009 y la llamada literatura de la transitología.

Elaboramos entonces una base de datos con más de cincuenta títulos de científicos sociales que escribieron en los noventa sobre la sociedad chilena. Aunque nos parecía que estos títulos respondían a la noción de intelectualidad pública en un sentido amplio, decidimos acotar la selección al campo de la sociología por ser nuestra disciplina y por parecernos una de las ciencias sociales que lideró la reflexión sobre el Chile posdictatorial. Si bien la noción de sociología pública era parte de nuestra indagación, en esta fase requeríamos de una definición operativa mínima para guiar la selección de los casos de estudio. Entonces optamos por escoger i) textos autorales que ii) desde la sociología iii) ofrecieran descripciones generales de iv) la sociedad chilena contemporánea a v) una audiencia más amplia que la académica.⁷ De este modo, entre los textos sociológicos de la década de los noventa descartamos aquellos que no tuvieran como eje de análisis la sociedad chilena (sino la latinoamericana, como *Modernidad, razón e identidad en América Latina*, escrito en 1996 por Jorge Larraín), aquellos centrados en el análisis de áreas específicas (educación, familia, comunicaciones), aquellos textos predominantemente teóricos (por la clausura de público que comporta tal *expertise*) y aquellos de autoría colectiva en contextos institucionales como CEPAL, PNUD u organismos de gobierno (la Secretaría de Comunicación y Cultura, por ejemplo).⁸

Como resultado de este proceso decidimos analizar detenidamente cuatro obras: *Bienvenidos a la modernidad* (1994), de José Joaquín Brunner; *La faz sumergida del iceberg: estudios sobre la transformación cultural* (1994), de Manuel Antonio Garretón; *Chile actual: anatomía de un mito* (1997), de Tomás Moulian, y *La irrupción de las masas y el malestar de las elites* (1999), de Eugenio Tironi. De estos autores elegimos estos textos y no otros por cuanto creemos que fueron concebidos desde el comienzo como intervenciones sociológicas en el debate público. De hecho, entre ellos, solo *Chile actual* fue ideado desde sus inicios como un libro, mientras que los otros tres corresponden a compilaciones de columnas de opinión publicadas en medios de prensa escrita nacional (*Bienvenidos a la modernidad*; *La irrupción de las masas*) o a material académico de divulgación, como charlas y presentaciones en congresos (*La faz sumergida*). Por estas características, los cuatro textos nos parecieron además equivalentes para fines comparativos. Ciertamente habrá otras formas perti-

7 Dado su perfil de divulgación, es importante notar que los textos analizados despliegan estas descripciones generales en conexión con diversos temas específicos. Esto es particularmente visible en el caso de aquellos textos que son el resultado de columnas de opinión.

8 Si bien textos como los *Informes de desarrollo humano* han constituido piezas clave en la movilización del debate público y disciplinar desde 1998, creemos que el nivel institucional en que se desenvuelve su producción y destino los convierte en un caso particular dentro de la sociología pública nacional. Sobre los efectos de estos informes ver el artículo de Claudio Ramos en este libro.

nentes de clasificar la producción sociológica local, por ejemplo, en términos de relevancia para la disciplina, difusión o tipo de aproximación. Para efectos de nuestras preguntas, sin embargo, el asunto fundamental era escoger autores y textos que indudablemente fueran exponentes centrales de la sociología chilena con vocación pública.

Las obras y sus autores

• *Bienvenidos a la modernidad* (1994), de José Joaquín Brunner, es una colección de escritos (columnas, artículos y presentaciones) publicados en diversos diarios (*La Segunda*, *El Mercurio*, *La Época*, *El Sur* de Concepción) y revistas (*Crítica Social*, *Foro 2000*) entre 1990 y 1994. El libro tiene cinco partes: la primera reflexiona sobre la naturaleza de la modernidad, sus opciones y sus efectos. Se analizan aspectos como la experiencia cotidiana de la modernidad y sus múltiples opciones, las formas de organización y coordinación moderna (pp. 23-25), el debilitamiento de las tradiciones (pp. 44, 48) y las contradicciones y tensiones de una cultura moderna que se define desde la complejidad y la multiplicidad (pp. 54, 58-59). La segunda y tercera parte agrupan reflexiones sobre política e ideología. El autor discute el estatus problemático de las ideologías (pp. 66-69), el surgimiento de nuevos discursos y sensibilidades políticas (pp. 76-77) y su relación con el ejercicio de la política como una práctica realista (pp. 86-87). En la tercera parte, Brunner reflexiona además sobre la ideología neoliberal (pp. 103-106), la relación entre mercados y Estado (pp. 111-119) y la renovación del pensamiento de izquierda frente a las sociedades actuales (pp. 120-156). Las partes cuarta y quinta se focalizan en discutir la relación entre cultura y modernidad. Mientras la cuarta parte reflexiona sobre la estrecha relación entre pluralismo valórico y modernidad (pp. 159-160), la última analiza la relación entre distintos ámbitos de la cultura: políticas culturales (pp. 219-221), medios de masas (pp. 236-241), intelectuales y modernidad.⁹

9 José Joaquín Brunner (1944) es doctor en sociología por la Universidad de Leiden. Actualmente se desempeña como profesor e investigador de la Universidad Diego Portales, donde dirige el Centro de Políticas Comparadas de Educación (CPCE) y la Cátedra Unesco de Políticas Comparadas de Educación Superior. Brunner es autor o coautor de 35 libros y ha editado o coordinado otros nueve. Ha publicado además capítulos individuales en más de cien libros y numerosos artículos en revistas académicas. También escribe habitualmente en medios de prensa y tiene una activa participación en el debate público educacional. Como consultor de políticas de educación superior ha trabajado en cerca de treinta países. Desde 1974 hasta 1994 trabajó como investigador en Flacso, dirigiendo esta institución desde 1976 a 1984. Posteriormente ocupó el cargo de ministro secretario general de Gobierno (1994-1998). Ha tenido también numerosos otros cargos públicos: presidió el Consejo Nacional de Televisión, el Comité Nacional de Acreditación de Programas de Pregrado, fue vicepresidente del Consejo Superior de Educación, miembro del Consejo Nacional de Innovación para la Competitividad y del Consejo de Ciencias del Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (Fondecyt).

• *La faz sumergida del iceberg* (1994), de Manuel Antonio Garretón, reúne distintas presentaciones y artículos preparados por el autor durante los primeros años de los noventa. El libro examina las transformaciones recientes en la política, economía, cultura y sociedad, a la luz del proceso de modernización y transición democrática y la transformación de los modelos de modernidad. El punto de partida del libro consiste en describir la creciente diversificación y “desacoplamiento” de los espacios de la economía, política y cultura, y sus consecuencias para la reformulación de las formas de organización social y política. El libro evalúa estas transformaciones en un número amplio de temas, tomando como eje el análisis de la cultura, particularmente su relación con la sociedad y la política. La primera parte examina la cultura y la política y sus transformaciones como consecuencia de un proceso de transición societal. La segunda examina estas transformaciones en relación con distintos actores sociales tales como mujeres (capítulo 4), jóvenes (capítulo 5) y familia (capítulo 6), además de valores (capítulo 7). La tercera parte se concentra en estudiar estos cambios en las políticas e instituciones culturales. Finalmente, la cuarta parte aborda la situación de las ciencias sociales en el contexto de este proceso de transformación y complejización de la sociedad chilena.¹⁰

• *Chile actual: anatomía de un mito* (1997), comienza describiendo el presente: una sociedad de mercados desregulados, marcada por la indiferencia política, compuesta por individuos competitivos que se compensan en el consumo y asalariados socializados en el disciplinamiento y la evasión. La tesis de su autor, Tomás Moulian, es que el Chile post 1990 sería producto del “experimento de modernización capitalista” impulsado por la dictadura militar (p. 253) y sostenido desde 1990. Esta revolución capitalista, que más bien fue una contrarrevolución, no burguesa y articulada por un *ménage* entre militares, economistas neoliberales y empresarios nacionales y transnacionales, habría refundado Chile (p. 27). El libro traza la genealogía de este *transformismo* (pp. 145, 147), remontándose a 1932 y el período de sistema

10 Manuel Antonio Garretón (1943) es doctor en sociología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, París. Actualmente se desempeña como profesor titular del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile. Ha sido director y decano de diversas instituciones académicas, enseñado en universidades nacionales y extranjeras y participado y dirigido múltiples proyectos de investigación y enseñanza. Autor de más cuarenta libros entre autoría, coautoría, ediciones y compilaciones, y de más de doscientos cincuenta artículos en revistas, traducidos en varias lenguas. Ha obtenido las becas Guggenheim, Flacso, Fundación Ford, Social Research Council, Fundación MacArthur y Conicyt. Ha sido asesor y consultor de diversas instituciones públicas y privadas nacionales e internacionales, y miembro de consejos de organizaciones profesionales y académicas, revistas y jurados. Ha participado activamente en el debate político-intelectual de Chile y América Latina, en la oposición a los regímenes militares, en la transición política y el nuevo período democrático, a través de publicaciones, columnas y entrevistas en foros y medios de comunicación.

de partidos que culmina en 1973 y, fundamentalmente, analizando el período dictatorial en sus fases terrorista (1973-1980) y constitucional (1980-1990). Para Moulian, elementos básicos de esta matriz serían: una política del consenso y del blanqueo de los orígenes traumáticos de la refundación, la despolitización de la población, la exaltación de la idea de que somos modernos (Chile: “país modelo”) y la naturalización de una matriz productivo-consumista.¹¹

• *La irrupción de las masas* (1999), de Eugenio Tironi, es un libro construido por columnas escritas para la revista *Qué Pasa*, entre 1995 y 1998. Su propósito es analizar “las transformaciones que han experimentado la sociedad y la vida de las personas en Chile” (p. 10) durante los años noventa, “quizás los cambios más profundos y masivos que el país haya experimentado en una década y que aún no han sido evaluados en todo su significado” (p. 11). Estas transformaciones serían resultado del “ímpetu modernizador” de corte neoliberal propiciado durante la dictadura militar, profundizado con la extensión de la economía de mercado luego del retorno a la democracia (p. 20) y acelerado durante los noventa con el “círculo virtuoso y dorado” del “espectacular” crecimiento económico (p. 237). En diez capítulos, el libro pasa revista (p. 9), de la mano de distintos actores y temáticas, a los rasgos más distintivos de la sociedad emergente: la irrupción de las masas y la reacción de la clase alta (pp. 39-56), el empresariado y sus transformaciones y desafíos (pp. 57-86), los partidos y conglomerados políticos, los medios de comunicación (pp. 87-126) y asuntos morales y de carácter, como la mayor madurez y normalidad de la sociedad actual (pp. 127-202).¹²

11 Tomás Moulian (1939) es sociólogo y cientista político con estudios de posgrado en Bélgica y París. Ha sido director de la Escuela de Sociología de la Universidad Católica, director de la Escuela de Sociología y vicerrector de investigación de la Universidad Arcis, y subdirector de Flasco. Actualmente es director del Instituto de Formación Social Paulo Freire. Entre sus publicaciones destacan: *Democracia y socialismo en Chile* (1983), *La forja de ilusiones: el sistema de partidos 1932-1973* (1993), *El consumo me consume* (1997), *Conversación interrumpida con Allende* (1998), y *Socialismo del siglo XXI. La quinta vía* (2000).

12 Eugenio Tironi (1951) es doctor en sociología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, París. Es gerente general de la consultora en comunicación estratégica Tironi Asociados y de Gestión Social; investigador y miembro del comité directivo de Cieplan, miembro del consejo superior de la Universidad Alberto Hurtado y director de Enersis, Un Techo para Chile, Paz Ciudadana y la Fundación Orquestas Juveniles e Infantiles. En 1978 participó en la fundación del Centro de Estudios SUR, que luego dirigió. Participó en la creación de la franja comunicacional del No para el plebiscito chileno en 1988, fue director de comunicaciones del gobierno de Patricio Aylwin (1990-1994), dirigió la campaña comunicacional del candidato socialista Ricardo Lagos durante la segunda vuelta (1999) y asesoró la campaña presidencial de Frei (2009). Entre 2007-2008 integró el Consejo Asesor Presidencial de Trabajo y Equidad, convocado por la presidenta Bachelet. Tironi ha sido profesor de diversas universidades en Chile y el extranjero, columnista de diversos diarios y revistas, y autor, coautor o editor de más de veinte libros, entre los que se cuentan *Los silencios de la revolución* (1988), *El régimen autoritario: para una sociología de Pinochet* (1998), *El cambio está aquí* (2002), *Crónica de viaje. Chile y la ruta a la felicidad* (2006) y *Palabras sueltas* (2008).

La estrategia analítica

Ciertamente la reflexión de Brunner, Garretón, Moulian y Tironi escapa con creces a los cuatro textos escogidos. De hecho, el impacto de estas propuestas es inseparable de la obra general de cada uno. Reconociendo este contexto, incorporamos algunas de sus obras anteriores para profundizar en la reflexión académica de conceptos y argumentos que solamente aparecen esbozados en los libros seleccionados. En consecuencia, si bien este es un estudio de casos de cuatro textos que consideramos ejemplos de sociología pública, el análisis no se hizo a puertas cerradas sino en un contexto coral.¹³ Asimismo, estábamos conscientes de que el carácter público de estos sociólogos sobrepasa sus obras para abarcar otras responsabilidades asumidas en la historia reciente del país, así como reconocimientos logrados por sus respectivas trayectorias. Además, se trata de sociólogos que han cultivado el columnismo en los medios de prensa escritos, han reflexionado sobre el impacto sociopolítico jugado por los relatos de la transición que ayudaron a levantar y han problematizado su propio rol como intelectuales, proponiendo cambios en el sentido de la intelectualidad en la sociedad contemporánea, a la luz de reflexiones generacionales y también biográficas. En consecuencia, realizamos el análisis de los trabajos seleccionados en el contexto de estos variados antecedentes biográficos y profesionales.

La estrategia analítica consistió en examinar cada texto por separado, comparativamente y en el contexto coral. En este proceso seguimos un análisis narrativo que reparó complementariamente en aspectos i) estructurales, ii) de contenido y iii) dialógicos (Riessman 2008). En términos estructurales observamos el ordenamiento de cada texto (capítulos/secuencia, cronología, por ejemplo), el género literario elegido para narrar, la audiencia a la que se destina la obra, el contexto de validez que el autor reclama para su texto, y los recursos que despliega para justificar las tesis propuestas (citación de otros autores dentro o fuera de las ciencias sociales, apoyo en evidencia, referencia a resultados comparados de investigación, entre otros). En lo que respecta al contenido, examinamos los argumentos o tramas que entretienen cada relato, deteniéndonos en el estado de situación del Chile actual, las transformaciones históricas que participaban en su diseño, el ámbito social elegido para desplegar cada estudio (cultura, política, economía), la periodización del tiempo y la propuesta de futuro contenida en cada uno. Finalmente, y en términos dia-

13 Para el caso de Brunner, complementamos nuestras lecturas con Brunner 1984, 1988, 1989a, 1989b, 1994, 1993; para el caso de Garretón, con Garretón 2000, 2005; para el caso de Tironi, con Tironi 1990, 2003, Tironi et al. 2005; y para el de Moulian, con Moulian 1983. También revisamos Brunner y Moulian 2002.

lógicos, estudiamos la posición que ocupa cada autor con respecto a su texto, tanto en el concierto más general de su obra sociológica como en relación al destino de la sociedad que describe, y vinculamos el texto analizado con el rol que para su autor le cabe al intelectual y a la sociología frente a su sociedad.

De este modo surgieron tres planos analíticos desde los cuales reflexionar sobre las características de la sociología pública chilena de los noventa en base a las cuatro obras escogidas: i) los formatos narrativos, ii) los relatos del cambio social y iii) la reflexión sobre la intelectualidad.

Los formatos narrativos de la sociología pública

Según sus aspectos formales, los cuatro textos seleccionados denotan gestos tendientes a preparar la obra para la comunicación con un público amplio y no necesariamente académico, de modo de promover la ‘conversación cívica’ (Otano 2002). Los autores coinciden en abandonar –parcialmente– el lenguaje, el estilo argumentativo y la estructura narrativa de la escritura académica, e innovan mediante formatos híbridos que combinan la crónica, la columna de opinión y el ensayo académico. El “ensayo de análisis crítico” de Moulian, la “crónica personal” de Tironi y la “crónica de una experiencia” de Brunner, según como ellos mismos clasifican los géneros escogidos, representan formatos narrativos alternativos, más expresivos, abiertos, flexibles, osados e íntimos que lo que permite el formato disciplinar.

A nuestro entender, la apuesta por salir del canon sociológico remite al menos a dos elementos. Primero, se debe a la necesidad de testimoniar las transformaciones del Chile contemporáneo echando mano a un conjunto heterodoxo de referencias y materiales, incluyendo la propia experiencia biográfica y generacional: en los ensayos leídos escasean la cita erudita y el uso sistemático de datos empíricos para levantar argumentos; abundan, por el contrario, la crónica de la historia reciente, la apelación a imágenes difundidas por los medios de comunicación de masas, la opinión personal, la referencia literaria y el guiño testimonial, vale decir, el relato político de la compleja experiencia de quien es testigo privilegiado de los tiempos que describe. Brunner, por ejemplo, define *Bienvenidos a la modernidad* como una colección de *escritos de ocasión* (p. 11). No obstante su natural fragmentación, estos escritos forman parte de una indagación continua que sobrepasa los límites de esta obra.

En los textos, la monografía factual y lógica cede terreno a metáforas e historias, sin renunciar por ello a la elaboración de generalizaciones sobre el presente (diagnósticos) y sobre el futuro (prognosis). Como toda insinuación,

son relatos abiertos, cuyo contenido se entrega al debate. Esta apertura tiene que ver con las propuestas de lectura que elaboran los autores y con el ensayo del uso de estos formatos alternativos durante la escritura misma del texto. En la introducción de *Chile actual*, Moulian justifica la necesidad de dar cuenta del cambio social en distintos niveles de registro mediante un ensamblaje que denomina *bricolé*:

Un discurso *bricolé* o de montaje, que recurre para transmitir tanto a la riqueza y la pasión de lo vivido como a los monótonos procesos estructurales, a todos los recursos disponibles, olvidándose de la canónica escritural de la sociología: junta el concepto, la cita erudita, el análisis numérico con el juego lingüístico, las referencias literarias, las técnicas retóricas y de la ficción, los relatos periodísticos o la invención cultural a lo Borges (p. 10).

En segundo lugar, el intento por escapar del género académico radica, a nuestro juicio, en la necesidad de alcanzar mayor flexibilidad expresiva, abandonando la rigidez del discurso especializado, de manera de comunicarse con un público más amplio. Esta vocación pública queda de manifiesto especialmente en las obras de Brunner y Tironi, que se estructuran como libros a partir de una selección de columnas de opinión publicadas por Brunner y Tironi en medios escritos nacionales. También es el caso de *La faz sumergida*, construida a partir de material académico de diverso formato (artículos, presentaciones en seminarios, etc.).

A consecuencia del desplazamiento desde la escritura sociológica tradicional hacia el uso de géneros híbridos, los autores redefinen los criterios de legitimidad con que se deben evaluar sus obras. Estos sociólogos demandan que sus textos sean juzgados, más que mediante estándares científicos, por su capacidad de evocar y sugerir. Respecto a la legitimidad de su ensayo, Moulian sugiere: “su destino no se juega ni en la coherencia absoluta ni en la demostración formal de cada hipótesis. Se juega en la insinuación” (p. 11). Asimismo, en referencia a la elección del género narrativo, Tironi comenta:

Este libro no es, desde luego, un texto de sociología, pero tampoco es propiamente un ensayo; es más bien una crónica personal de la sociedad que emerge en los 90 [...] un género que presenta como limitación una falta de integración y, a veces, hasta de coherencia; pero tiene la virtud de que permite hacer ‘zapping’ y detenerse solo en los temas que interesan [...] [para] pasar revista de modo declaradamente simple, y premeditadamente arbitrario, a la sociedad chilena emergente (p. 9).

Son textos que se preparan para gatillar la reflexión y para despertar la empatía sobre un relato del presente cuyos rasgos los lectores también deberían identificar. Su validez se juega en el efecto que producen sobre su público, más que en la evidencia en que se sustentan sus enunciados, la complejidad y exhaustividad de las descripciones que proveen o la explicitación de los procedimientos que estructuran cada análisis. La crónica admite concesiones que el canon sociológico castigaría: ser “premeditadamente arbitrario”, como declaraba Tironi, publicar trabajos experimentales (como una reflexión sobre el cine, el *divertimento* que Garretón incluye como anexo al final de su obra) o dejar traslucir el proceso de formación de las ideas, como apunta *Bienvenidos a la modernidad*:

Es justamente en esas averiguaciones, libres e insistentes, cuando una materia se examina desde diversos ángulos, en comunicación con una comunidad de lectores, donde mejor se refleja un proceso de pensamiento. Proceso que como tal siempre tiene algo de inacabado, pero que por eso mismo es más transparente en sus zonas de ignorancia; que también es dubitativo a ratos, pero por ello más auténtico; sujeto a la fugacidad del periódico, y por lo tanto más consciente de sus límites (p. 11).

Los relatos del cambio social

En términos de sus contenidos, las cuatro obras convergen en proponerse como relatos del cambio social en el Chile contemporáneo. Según sus autores, estaríamos viviendo una “mutación” acelerada (Brunner), una “transformación social profunda” (Garretón), una “revolución capitalista” (Moulian), que forjaría un “nuevo espíritu” (Tironi). En las próximas secciones examinaremos algunos aspectos de estos relatos del cambio, a saber: los diagnósticos del presente, las teorías que los sustentan y las propuestas normativas que nacen a partir de cada uno de estos análisis.

Los diagnósticos del presente

Los autores coinciden en describir el presente a partir del despliegue de un fuerte proceso de modernización capitalista en Chile. Se trata de un nuevo momento histórico que hay que explicar. Por ejemplo, Moulian describe en su diagnóstico del Chile actual una modernización capitalista que correspondería a una “imposición política” que se ha perpetuado desde la dictadura, si bien “blanqueada” de sus orígenes traumáticos, “travestida” con “ropajes democráticos” desde 1990, ensalzada como “experimento modelo” y naturalizada por una política del consenso que impide generar un espacio político para discutir

la sociedad futura. “*Chile actual* es la culminación exitosa del transformismo” (p. 145), una sociedad “plenamente mercantilizada” (p. 115), conformista y consumista, y cuyas “relaciones sociales se encuentran individualizadas” (p. 117); un país que “se dice moderno” cuando en rigor vive “la mezcla de una infraestructura pobre con un ingenuo provincianismo mental” (p. 98).

Garretón, a su turno, diagnostica el presente en términos de una modernidad inconclusa. La sociedad (o matriz socio-política) contemporánea sería de tipo híbrido, propia de un país que ha resuelto problemas económicos pero no las dimensiones institucionales, culturales y políticas de su desarrollo que le permitirían transitar hacia su propia modernidad (p. 8).¹⁴ El autor afirma que esta transición ha desestructurado la acción colectiva y afectado la definición de canales institucionales adecuados para garantizar un avance democrático. Su argumento es entonces que la sociedad actual enfrentaría el desafío de buscar un proyecto moderno propio y no impuesto:¹⁵

Nuestra modernidad es, por decirlo menos, un poco ridícula y pretenciosa, una cierta copia un tanto “rasca” de un modelo que hoy está siendo cuestionado en todas partes, como es la combinación de la racionalidad tecnocrática occidental con la cultura de consumo de masas norteamericana. En ningún caso hemos tomado lo mejor de ambos modelos (p. 131).

En ambos diagnósticos, el presente es un espacio potencialmente crítico. En *La faz sumergida* porque la modernidad chilena “impone copias” desde otros contextos culturales, relegando la identidad local. Además, debido a nuestra alta desigualdad social, estas propuestas de autoconstitución foráneas excluirían a parte importante de nuestra población. *Chile actual* exhibe un diagnóstico crítico al proponer que la modernidad se reduce a una modernización (capitalista) que naturaliza el devenir histórico.

Brunner y Tironi arrancan de las mismas premisas que Garretón y Moulian, pero llegan a conclusiones diferentes. *Bienvenidos a la modernidad* describe a Chile como una sociedad que participa, desde su condición específica, de la experiencia moderna (más allá de que su signo sea positivo o negativo):

14 Este diagnóstico es desarrollado posteriormente por Garretón: “En una formulación sintética, los conflictos que se han vivido estos últimos años reflejan la contradicción entre un país que ha resuelto satisfactoriamente sus problemas económicos de corto y quizás mediano plazo y, en todo caso, dejado pendientes los problemas sociales, culturales, institucionales y políticos” (2000, p. 182); “El sobredesarrollo político-institucional en relación a la base económica cede paso a un dinamismo de la economía y a un enorme retraso del sistema político institucional” (2000, p. 184).

15 Ver Garretón 2000, p. 153.

La modernidad ha dejado de ser una opción: es un hecho de la época, viene de la mano con la globalización de los mercados y la expansión de la democracia, con la expansión de la educación e industrias culturales, la ampliación de experiencia de consumo y la mutación de valores (p. 17).

Esta modernidad tendría efectos importantes sobre la experiencia de las personas, como una creciente complejidad y pluralidad social y un consecuente aumento de la incertidumbre. Para Brunner, el *malestar* que provocan estas experiencias remite a las tensiones propias de la modernidad y es, por lo tanto, ineludible (p. 160).¹⁶ En los trabajos de Garretón y Moulian, en cambio, el malestar social es interpretado como síntoma de un proceso de modernización capitalista que carece de un proyecto de modernidad propio y del cual tengamos control.¹⁷

Según *La irrupción de las masas*, durante los noventa la convergencia de los procesos de liberalización política, crecimiento económico sostenido y apertura internacional habría aumentado la complejidad de una sociedad que enfrenta a la vez los problemas de la “escasez” y los de la “abundancia” (p. 225). Mayor autonomía y complejidad de los medios de comunicación (p. 228-229), dispersión del poder entre diversidad de actores (p. 230-231), masificación de oportunidades, transformación en una sociedad donde la lógica del consumo se habría diseminado a otros campos de la vida social más allá del mercado (p. 226-228), son algunos de los rasgos de nuestra modernidad relevados por Tironi. Por más que le moleste a las elites, el diagnóstico es que las masas ocupan hoy el territorio y el espacio público, y las personas se comportan, en general, como consumidores más que como ciudadanos; como individuos más que como comunidades; como defensores de intereses privados más que como promotores de fines colectivos (p. 29). En esta segunda lectura, la modernidad chilena sucedería como consecuencia de un proceso de modernización que ya está *en curso* y que no sería resultado de un proyecto sino de los cambios *estructurales propios de la modernización*.

En síntesis, con independencia de las diferencias descritas, los cuatro diagnósticos sobre la sociedad chilena actual comparten un mismo punto de partida: el presente estaría definido por un cambio sustancial; una modernización de cuño capitalista. Se suma a este diagnóstico una lectura común centrada en analizar los *efectos* de estas transformaciones: los noventa serían el período en que la

16 Ver un mayor desarrollo de este argumento en Brunner 1992.

17 El debate sobre el malestar subjetivo de nuestra modernización fue, a fines de los noventa, un momento clave en la disputa de estas distintas narrativas y concepciones de la modernidad (ver Pinedo 2000, Güell 2009, Brunner 1998, PNUD 1998).

modernidad capitalista terminó por afectar y redefinir la forma de vida y las instituciones de chilenos y chilenas, tanto si esa interpretación es leída como un efecto negativo (*Chile actual*), como si se la concibe como una serie de consecuencias para las formas de vida que son funcionales al modelo socioeconómico neoliberal (*La faz sumergida*) o como un proceso de pluralización, individuación y diversificación (*Bienvenidos a la modernidad*, *La irrupción de las masas*).

Modernidad como proyecto y modernidad como experiencia

Como se deduce de la sección precedente, otro elemento común a los cuatro textos es que comparten una misma operación de fundamentar *epocalmente* estos relatos del cambio social sobre una teoría general de la modernidad.¹⁸ Junto con la creación de diagnósticos del presente, estas propuestas sociológicas producen nociones de tiempo social y construyen un marco de referencia epocal, que ordena la temporalidad a lo largo de un proceso de modernización que organiza la genealogía histórica de la actualidad y aventura marcos de acción futuros. Una teoría de la modernidad y una historia de su despliegue constituyen, entonces, los cimientos de estos relatos del cambio.

Ahora bien, en las obras y en el trabajo general de estos autores se pueden distinguir al menos dos acercamientos distintos a la modernidad: uno que la comprende como un proyecto de autonomía y otro que lo hace principalmente como una experiencia consustancial a los procesos de modernización.¹⁹ Cuando la modernidad es concebida como un *proyecto de autonomía*, esta representaría un proyecto político histórico por el cual los actores sociales deben constituirse y movilizarse, preferentemente mediante la participación política. Esta teoría subyace tanto al diagnóstico de Garretón²⁰ como al de Moulian, no obstante diferencias importantes. En *La faz sumergida* “la modernidad tiene que ver con la constitución de sujetos capaces de hacer su historia” (p. 12, 53). No se trataría de un proyecto unívoco, sino de una modernidad que admite múltiples tipos de realizaciones:

La modernidad es expansión de la capacidad de los sujetos en todos los niveles, de hacer su historia, combinando razón, pasión y memoria. Como tal es un modo de

18 Optamos por analizar la clave hermenéutica de las teorías de la modernidad/modernización que subyace y estructura a estos cuatro textos. Ello no implica que los textos no tengan otras lecturas comunes posibles, como por ejemplo institucionalidad política o democratización. El despliegue de estas teorías de la modernización/modernidad tiene distintos desarrollos en los cuatro textos y suele suceder mediante descripciones fragmentadas.

19 Conviene aclarar que, debido al tipo de público al cual aspiran estos textos, estos acercamientos se esbozan en un nivel general.

20 Ver Garretón 2000.

convivencia que no se agota en un solo modelo. Hemos vivido una modernidad prestada y como algún éxito hemos alcanzado, nos sentimos orgullosos. Algo hay de válido en ello. También de patético (p. 132).

El libro de Moulian también define la modernidad como un punto de llegada, un proyecto histórico que conlleva una posibilidad emancipatoria. Su crítica es que el presente se caracterizaría por una obsesión con la modernización (capitalista) que, confundida con modernidad, nos anestesia en el sueño capitalista y naturaliza el devenir histórico, “restringiendo la historicidad” o capacidad de transformación estructural de la sociedad actual. Si para Garretón el presente es una posibilidad de adecuación de los modos de construcción del sujeto, para Moulian el presente entrapa a la sociedad, negándole su historicidad. *Chile actual* se dedicará entonces a trazar la historia de este “dispositivo transformista” mediante una genealogía narrativa que se remonta a 1932, pero, sobre todo, al período dictatorial, para deconstruir la operación de producción de nuestra modernización y estudiar “las alternativas desechadas en las luchas entre diferentes proyectos” en pugna. En este sentido, el libro propone también una teoría de la historia.

Brunner y Tironi definen y utilizan modernidad y modernización de una forma distinta. En este caso, la modernidad no remitiría a un *telos*, sino a una *experiencia vital* que emana de los cambios propios de nuestro proceso de modernización. Si el primero retrotrae dicho proceso hacia los años cincuenta, ligándolo a la creación de un mercado de bienes simbólicos,²¹ el segundo lo hace mapeando las transformaciones propias de la revolución capitalista modernizadora.²² En ambos casos la modernidad no se busca, sino que surge inevitablemente. Por lo mismo, esta no apelaría a un contenido sustantivo, sino a la experiencia de lidiar con múltiples racionalidades (*Bienvenidos a la modernidad*: 55, 25), diversidad de actores (*La irrupción de las masas*), y con una mayor complejidad y diferenciación social y cultural.²³ Desde una pers-

21 Brunner (1993) traza este camino en términos de una serie de procesos que se iniciaron en los cincuenta: “Se puede decir que entre 1950 y 1990 se ha iniciado el ciclo de incorporación a la modernidad cultural, a la par que sus estructuras económicas, políticas y sociales se han ido transformando bajo el peso de una integración a los mercados internacionales” (p. 61).

22 En *La irrupción de las masas*, la temporalidad histórica de esta modernización opera solo como un antecedente que se toma por sentado para dedicar la obra a la descripción del momento actual. El ejercicio sociológico se concibe entonces como una crónica del presente. Con todo, en otros textos, Tironi profundiza en el análisis del proceso de modernización capitalista en Chile. Ver, por ejemplo, Tironi, E. (2001), “¿Es Chile un país moderno?”, Tironi, E. (ed.), *Cuánto y cómo hemos cambiado los chilenos: reflexiones a partir del Censo 2002*, y Tironi, E., et al. 2005.

23 Como menciona Brunner (1993), “la modernidad emerge como el resultado de múltiples racionalidades aplicadas que pugnan y coexisten entre sí en el seno de cualquier sociedad que alcanza un grado relativo de modernización, o sea de desarrollo productivo, diferenciación cultural urbana y complejidad organizacional” (p. 9).

pectiva postiluminista, Brunner, por ejemplo, plantea que estas múltiples racionalidades no pueden unificarse bajo un solo discurso o anclarse a una meta única. La proliferación de esferas en pugna es propia de la modernidad como experiencia. Para describir esto, en varios pasajes de *Bienvenidos a la modernidad*, el autor recurre a Bergman. En la introducción, por ejemplo, señala:

Ser modernos es encontrarnos en un ambiente que nos promete aventuras, poder, alegrías, crecimiento, transformación de nosotros mismos y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos (p. 11).

En este sentido, la de Brunner es una perspectiva que renuncia a la posibilidad conceptual de definir un *telos*. Al igual que el de Moulian, el relato de Tironi no explicita directamente su perspectiva sobre la modernidad y la modernización.²⁴ Sin embargo, desarrolla una reflexión similar a la de Brunner: la modernidad es consecuencia de la modernización. A mayor modernización más “pluralidad y divergencias” (p. 104), más complejidad (p. 225), más desarrollo, riqueza, crecimiento y abundancia, pero también más “efectos no deseados” pero inevitables, como el deterioro medioambiental, la contaminación y congestión urbanas o la destrucción de lo local.

En síntesis, los textos estudiados proponen relatos generales del cambio que se construyen sobre distintas teorías *epocales* de la modernidad/modernización y sus efectos sobre el presente. Como discutiremos más adelante, la teoría de la modernidad subyacente no depende solo de disquisiciones teóricas; está también profundamente ligada a la reflexión biográfica y generacional que su autor elabora acerca de las posibilidades y limitaciones del ejercicio sociológico y de la condición del intelectual en las sociedades modernas.

Los relatos del cambio como sociologías normativas

Al postularse como diagnósticos generales del cambio, los relatos que hemos examinado corresponden, de una manera u otra, a sociologías normativas. Esta normatividad se manifiesta en la interpretación del presente que cada texto ofrece, pero también se expresa en la intención de definir y enmarcar las posibilidades de futuro. En otras palabras, estas intervenciones sociológicas no solo delimitan un escenario; también identifican marcos de acción y de crítica hacia el futuro.

24 No obstante, para una mayor reflexión (aunque fuera del período que estamos examinando), ver Tironi 2002; Tironi, Ariztía y Faverio 2005.

Una mirada sinóptica a los cuatro relatos permite identificar al menos dos tipos de propuestas normativas: i) aquella que apela a la inevitabilidad de nuestra modernidad y, en consecuencia, se focaliza en la necesidad de controlar o gestionar sus efectos, y ii) aquella que apela a la posibilidad de optar entre modernidades y que hace uso de la sociología como un espacio crítico que define las condiciones de cambio para acceder a un tipo de modernidad distinto. A pesar de sus diferencias, ambos caminos comparten la intención de reflexionar sobre los valores y los límites de la sociedad actual (Buroway 2007).

El primer camino, aquel que centra la acción futura en la necesidad de gestionar la complejidad de la modernidad, es ilustrado por la reflexión de Brunner. En distintos pasajes, *Bienvenidos a la modernidad* propone como clave de acción la necesidad de controlar reflexivamente los efectos del cambio social:

La modernidad no puede ser frenada con lamentos ni conducida por quienes la adoran ciegamente. La única manera de gobernarla es asumiendo su experiencia reflexivamente sin permitir que sus mecanismos internos se desplieguen arrolladoramente según su propia y férrea lógica, como la “nave de los locos”, entregada a los vientos y las corrientes (p. 22).

El futuro, entonces, depende de nuestra capacidad de reconocer las múltiples lógicas de la modernización y de pensar formas de gestión de esta complejidad y no de la posibilidad de realizar una “crítica general” a la modernidad. Para el autor, esta tarea no puede ser entregada al mercado sino al espacio del acuerdo político:

En vez de reclamar contra la artificialidad de lo moderno [...], lo que cabe más bien es incrementar las capacidades sociales de abstracción, dispositivos e instancias de conducción y, en general, los modos de autorregulación reflexiva de la sociedad (p. 22).

Tironi, al igual que Brunner, enfatiza la necesidad de gestionar nuestra modernidad, sin proponer la necesidad de cambiar el *modelo*. “No se trata de tirar todo por la borda ni de empezar todo de nuevo. Pero hay que disponer de la imaginación y de la fuerza para inaugurar un nuevo ciclo” (p. 239):

Lo que es evidente es que la *etapa fácil* del modelo de desarrollo político y económico seguido durante los noventa ha terminado. Con el nuevo siglo se abre en Chile un nuevo ciclo. Lo que viene por delante no es administrar adecuadamente la sociedad emergente, sino darle un nuevo impulso (p. 14).

Y para “gestionar” los temas emergentes es necesario “comprender los procesos que les dan origen, y sobre todo creer en ellos” (p. 208). Además, Tironi sostiene que este reimpulso de la modernidad debe ir acompañado de un nuevo consenso normativo que sea capaz de “animar y recrear fines comunes”, como lo hicieran los valores de la “libertad y la dignidad” en la fase de transición a la democracia (p. 94). Como principio de cohesión social no sería suficiente una modernización de mercado que supone únicamente que la “sociedad es resultado automático de la competencia entre intereses individuales” (p. 93).

En *La faz sumergida*, Garretón combina una lectura analítica (procesos/transición) con una evaluación crítica de la modernidad. No bastaría solo con gestionar nuestra modernidad, sino que también sería necesario repensar ciertos consensos básicos a la luz de una época de “mutación civilizatoria” en la “que están en disputa los sentidos de modernidad y los nuevos modelos de modernidad” (p. 7). Garretón identifica un conjunto de elementos necesarios para “recomponer” la sociedad.²⁵ En su libro, esta problematización aparece en un nivel programático en donde se define un horizonte de potenciales tensiones y oportunidades frente al futuro en distintos ámbitos de la sociedad (por ejemplo, las políticas e institucionalidad cultural).

La obra de Moulian representa la segunda propuesta normativa en su forma más prístina. Cuando la modernidad se define como un proyecto histórico de autonomía y de historicidad, existe un espacio de agencia transformadora en “la confrontación patética entre lo que se dice que somos y la experiencia de vida cotidiana” (p. 98). Sin embargo, en el Chile actual la capacidad creativa de los sujetos se encontraría comprometida. El consenso político necesario para la transición democrática, el “acto fundador del Chile Actual”, representaría también “la etapa superior del olvido”, “la presunta desaparición de las divergencias respecto de los fines”, es decir, el desvanecimiento de “los acuerdos respecto a las características del desarrollo socioeconómico impuesto por la dictadura militar” (p. 37):

Chile Modelo. Un país surgido de la matriz sangrienta de la revolución, pero que se purifica al celebrar sus nupcias con la democracia. El casorio hace las veces del bautizo que borra el pecado original y le otorga a Chile la majestad de su gloria. Con las nupcias, Chile queda sin mácula y transita de la violencia al consenso (p. 37).

25 Garretón (2000) propone hacerse cargo de los siguientes desafíos sociales: i) construcción de democracias políticas; ii) democratización social; iii) definición del modelo de desarrollo, y iv) definir el tipo de modernidad que países quieren vivir.

En consecuencia, para Moulian la posibilidad de pensar un futuro alternativo depende de descubrir la falsedad del “mito” del Chile Modelo y de plantear una modernidad que constituya una alternativa a esta modernización capitalista. Por lo tanto, pensar la modernidad no implica solo gestionar sus efectos, sino también ser capaces de distinguir y proponer alternativas globales de sociedad. A su juicio, para que surjan opciones de historicidad es necesario ampliar el margen de la política –revirtiendo la obsesión neoliberal por reducir esta esfera al nivel municipal– y crear progresivamente condiciones de globalización de la experiencia comunal.²⁶ Esta capacidad, sin embargo, se encontraría comprometida:

La política ya no existe más como lucha de alternativas, como historicidad, existe solo como historia de las pequeñas variaciones, ajustes, cambios en aspectos que no comprometan la dinámica global (p. 39).

En tanto remiten a teorías de la modernidad, los cuatro textos conllevan propuestas normativas. En la obra de Moulian y, en parte, en la de Garretón, la modernidad se define como un *telos* y el futuro corresponde a un horizonte crítico de la actualidad. En estos casos la intervención sociológica apunta precisamente a develar esa capacidad crítica de las personas y a apoyar la cristalización de formas sociales alternativas que nos permitan ser “verdaderamente” modernos. En cambio, cuando la modernidad es concebida como una experiencia ineludible, como sucede en los libros de Brunner y Tironi, la intención del analista se concentra en identificar y comprender los efectos que estos profundos procesos de cambio ponen en marcha, entendiendo el futuro como un espacio de gestión y control de tales transformaciones.

Los intelectuales frente al Chile actual

El sentido de los relatos del cambio de Brunner, Moulian, Garretón y Tironi depende fuertemente de los conceptos de modernidad y modernización en los que se sustentan; pues ellos no solo estructuran diagnósticos, sino que también definen temporalidades que ordenan el presente en relación a un proceso de transformación epocal, establecen marcos de acción posible y proyectan horizontes normativos. Sugerimos, en consecuencia, que estas narrativas del cambio sobre la sociedad chilena contemporánea no solo producen crónicas sociológicas de nuestro presente, sino que también proponen formas de evaluar, guiar y –potencialmente– dirigir la modernidad.

26 Esta opción por proponer alternativas de cambio queda reflejada en el libro *Construir futuro*, de Tomás Moulian (Lom: Santiago, 2002), cuyo objetivo es justamente recoger y discutir distintas propuestas de cambio social en base a la reflexión de distintos académicos invitados a participar con propuestas concretas.

Otro elemento central para comprender la vocación pública de estos relatos es la reflexión sobre el rol del intelectual y de la sociología frente a la sociedad. La reflexión sobre la intelectualidad presente en estos textos de divulgación refiere a un debate más profundo, largo, de perfil académico y, en algunos casos, de escala latinoamericana.²⁷ Pero no solo la autoridad del analista social nutre estas reflexiones. Ellas también descansan en la autoridad del actor social que repasa y evalúa procesos históricos que ayudó a construir. En este sentido, las sociologías públicas aquí analizadas son también sociologías con componentes testimoniales. En las obras en estudio, esta reflexión se presenta en dos niveles. Por una parte, es problematizada explícitamente en algunos textos en el ámbito del análisis de la evolución y rol de los intelectuales en las sociedades contemporáneas. Por otra parte, en cuanto los textos son en sí mismos ejercicios de intervención intelectual, ellos enuncian implícitamente la postura del autor sobre el rol de los intelectuales en la sociedad. En este sentido, como apunta Bauman (1987), es ajustado notar que toda definición del ejercicio intelectual es, al mismo tiempo, una autodefinición. Precisar cómo enfrentar la autoría de un texto sociológico con vocación pública implica, necesariamente, la autodefinición como intelectual.

Distinguimos dos concepciones del rol de los intelectuales públicos frente a la sociedad y su transformación. Por una parte, Brunner y, en cierta medida, Tironi, problematizan el rol crítico de los intelectuales y cuestionan la posibilidad y los beneficios de que elaboren ese examen mediante diagnósticos globales o totales de sociedad en el contexto de la modernidad. Por la otra, Moulian y Garretón le otorgan a la capacidad crítica de los intelectuales un rol central en guiar el camino a la modernidad y en diseñar alternativas de transformación.

A juicio de Brunner,²⁸ la crítica en sociología debiera girar desde una intelectualidad propia de “la época de las planificaciones globales”, caracterizada por la producción y promoción de “modelos de sociedad” totalizantes, con afanes hegemónicos y que solían desconocer la multiplicidad de racionalidades que operan en la vida social, hacia una visión más modesta del trabajo

27 Ver por ejemplo Brunner (1989a, 1989b, 1992, 1993); Garretón (1989, 2005).

28 Brunner ha realizado una extensa reflexión sobre los intelectuales y su rol en la sociedad, en sus trabajos con vocación más pública aquí examinados (*Bienvenidos a la modernidad*) y en numerosas publicaciones de corte más académico y orientadas específicamente a estudiar el papel de los intelectuales y de las ciencias sociales frente al cambio social (ver entre otros: Brunner y Flisfisch 1983, Brunner 1988, 1993). En este contexto, a fines de los ochenta y principios de los noventa, el autor publicó varios artículos en Flasco en donde aborda la relación entre modernidad y el rol de intelectuales y científicos sociales. Ver por ejemplo “Ciencias sociales y Estado: reflexiones en voz alta” (1989b); “Los intelectuales y los problemas de la cultura del desarrollo” (1989), e “Investigación social y decisiones políticas: el mercado del conocimiento” (1993).

intelectual, orientada a evaluar reflexivamente a la sociedad y sus mecanismos de regulación, de modo de fortalecer el juego democrático:

Sobre todo, una sociología que se quiere crítica no puede ya recurrir a la razón de los filósofos para atacar la aparente sinrazón de esas racionalidades situadas. Más bien, debe empezar por reconocer y explicar las múltiples racionalidades y los fenómenos de poder asociados a ellas, rescatando, en medio de esa enorme diversidad, las funciones infinitas de la razón y el deseo y sus limitadas formas de materializarse socialmente (Brunner 1992: 10).

Esta visión del intelectual deriva tanto de su constatación de que el contexto de fragmentación y complejización que impone la modernidad afecta las pretensiones universalistas del discurso intelectual (tal como la define Alexander 2009), como de sus reflexiones sobre el rol jugado por la intelectualidad chilena, él inclusive, en el curso de la historia nacional reciente (antes y durante la dictadura). Para Brunner, los intelectuales en Chile serían parcialmente responsables de haber propuesto representaciones de mundo radicalizadas y simplificadas; haber sido, en palabras del autor, “gestores de utopías, movilizadores de consignas y simplificadores de realidad” (p. 7). Este utopismo intelectual habría operado en la producción de proyectos de desarrollo que carecieron de un consenso político activo y que no mantuvieron vinculación con las instituciones, contribuyendo a la polarización política y al quiebre institucional de 1973. Brunner aboga entonces por un tipo de intervención intelectual que apele más a develar y analizar lo existente que a definir y promover coordenadas de futuro. Se trataría de “hacer complejo lo simple” antes de “sobre simplificar lo complejo” (Brunner 1989a).

Si bien el texto de Tironi carece de una reflexión sistemática de la relación entre los intelectuales y sus sociedades, *La irrupción de las masas* embate contra quienes, en vez de concentrarse en la administración del “Chile emergente”, se conmisieran de los problemas que trae aparejado el desarrollo o bien se resisten a reconocer los progresos (pp. 11, 225-226). Tironi apunta a aquellos líderes de la Concertación que, luego de diez años de gobierno, se sienten avergonzados y “profetizan el apocalipsis”, sin reparar en las oportunidades que trae aparejadas este proceso. También apunta a aquellos nostálgicos del período autoritario que tienden a negar las transformaciones ocurridas durante los noventa. En ambas direcciones advierte que la crítica al presente puede producir parálisis: si prevalece el “dilentantismo y la vacilación”, en un futuro cercano nos descubriremos añorando “aquellos tiempos en que, aunque estresados, discutíamos acerca de los malestares de un proceso de crecimiento

que dejamos escapar” (p. 211). Así, las posturas asumidas por Brunner y Tironi no implican renunciar a proponer y discutir alternativas de cambio. La problematización de las distintas formas de gestionar la modernidad tiene, ciertamente, una dimensión política.

En Garretón y Moulian encontramos un segundo tipo de valoración del trabajo intelectual. Esta postura está ligada a la reivindicación de la capacidad del intelectual de producir diagnósticos globales críticos y proponer visiones alternativas de sociedad. El primero ubica a la intelectualidad crítica al centro del trabajo sociológico, distinguiendo dos roles complementarios de la sociología: uno orientado a realizar un análisis teórico de la sociedad; el otro, que involucra una participación crítica en sociedades históricas. Este segundo rol corresponde al papel intelectual de la sociología y las ciencias sociales y supone desarrollar una comprensión y análisis crítico sobre la totalidad no parcializada de una época o sociedad (ver Garretón 2000). Conlleva, también, entregar a la sociedad herramientas para analizar contradicciones y superarlas. De esta capacidad crítica derivaría la posibilidad de plantear alternativas de futuro.²⁹ Según Garretón, el déficit de este tipo de discursos críticos hace que la sociedad pierda autoimágenes de totalidad. También afecta su capacidad de elaborar un discurso global que permita hacerse cargo de su historicidad. En el presente, para el autor, la idea de totalidad propia del ejercicio intelectual aparecería cuestionada por la diversificación de la disciplina en numerosas subespecialidades y la relativa carencia de una sociología crítica que tematice la sociedad en su conjunto:

No hay duda de que, a nivel de las interacciones y formas de convivencia, de las organizaciones e instituciones, el desarrollo de las ciencias sociales vía focos temáticos puede ser muy prometedor: pero a nivel de la problemática histórica, es decir, de los proyectos y contra proyectos sociales de largo alcance, cuestión que está en el origen de las ciencias sociales en América Latina, la crisis de los paradigmas deja un vacío que no ha sido llenado (p. 218).

Moulian comparte el juicio de Garretón sobre el rol que le cabe a los intelectuales en la crítica y en la producción de alternativas de cambio y mejoramiento del presente. Lamenta, como él, el declive de la intelectualidad crítica. Si bien no le destina una reflexión sistemática, en su descripción del presente

29 Tal como plantea Garretón en otro de sus textos: “El futuro de una sociedad depende en gran parte de la capacidad de interrogarse sobre sí misma y de debatir estas interrogantes. Ellos es una tarea de toda la sociedad. Pero una responsabilidad principal recae en las ciencias sociales y en la intelectualidad crítica” (2000, p. 143).

Moulian no ahorra palabras para denunciar el abandono de su condición de intelectuales críticos de prominentes sociólogos (y economistas) chilenos durante los noventa. Su argumento es que el “transformismo” característico del “Chile Actual” alcanzaría a nuestros intelectuales públicos. El libro denuncia que estos intelectuales habrían reemplazado sus lecturas críticas de antaño por perspectivas “fervorosas” para con la “modernidad capitalista”. Además, este transformismo de los intelectuales sería funcional a la naturalización de la modernización capitalista:

Un tema tan inevitable como desgraciado: lo que algunos denominan, la “conversión” en liberales-socialcristianos o en liberales-socialistas de una parte importante de los intelectuales democráticos de los años ochenta. La reestructuración de sus discursos revela que la política del consenso no corresponde solo al apaciguamiento de militares y empresarios temerosos, sino al viraje de esos políticos hacia un nuevo campo cultural, para entrar al cual había que abandonar la mochila con las promesas de reestructuración social [...]. Efectivamente leer a Tironi en este momento del Chile Actual es enfrentarse a su propia caricatura. Los artículos parecen escritos por un Tironi despiadado consigo mismo que se burla de su imagen de progresista y se ríe de su pasado (p. 42).

Estos textos proveen de distintas evaluaciones del rol del intelectual en la sociedad. Unos sospechan de su capacidad y facultad para realizar diagnósticos globales y críticos de una modernidad crecientemente compleja, y reformulan el rol hacia la producción de intervenciones expertas y parciales, orientadas a explicitar las racionalidades en competencia y cuya gestión compete en última instancia a la política. Otras ubican a la capacidad de proponer alternativas globales de sociedad y de contribuir a la expansión de la autonomía de los sujetos en el centro del quehacer intelectual, a la vez que lamentan la creciente desaparición de este tipo de intervenciones del espacio público. Más allá de estas diferencias, al examinar la noción de trabajo intelectual de estos autores notamos que todos comparten una profunda fe en la posibilidad de la sociología de apelar a un público amplio y producir visiones de sociedad. Es justamente esta convicción la que explica su intención de escribir libros como los que acá estudiamos. Libros que salen de la academia para proponer un discurso más abierto y que suele ser fruto de sucesivas intervenciones en la esfera pública. En este sentido, y en la medida en que convocan audiencias, estos relatos comparten una profunda vocación no solo por describir, sino también por producir el cambio social.

Reflexiones finales

Al concluir, queremos conectar el análisis precedente con el debate internacional sobre la sociología pública y la intelectualidad. No pretendemos desarrollar un argumento sintético ni proponer una caracterización común de los cuatro textos que hemos revisado. Deseamos, más bien, sugerir abiertamente algunos puntos de continuidad y ruptura entre estas obras y la reflexión que dio origen a este trabajo, retomando problematizaciones como las de Buroway, Savage y Eyal y Buchholz. ¿Qué tipo de sociología pública ofrecen estas obras chilenas? ¿Qué tipo de intervención producen? A este respecto, planteamos tres áreas de problematización.

Sociología pública: produciendo el presente mediante relatos del cambio

En el aspecto formal, y a través de la intención de instalar sus relatos del cambio social a nivel de la discusión pública y de lectores no expertos, los textos apuestan por entablar conversaciones con diversos públicos, vehiculizando discusiones de interés general sobre la “naturaleza y los valores de la sociedad” (Buroway 2007). En este sentido, las obras que revisamos responden a las características de la sociología pública que describe Burawoy. Para ello, los autores optan por ciertas decisiones estructurales: el género escritural de la sociología le da cabida al ensayo y a la crónica; la clausura y autoexplicación del formato científico cede espacio a los análisis incompletos, aún en proceso, abiertos y en ocasiones deliberadamente asistemáticos y polémicos, mientras que los criterios de legitimidad del texto sociológico (la referencia erudita, el dato empírico sistemático) adquieren un rol secundario frente a la capacidad del relato de sugerir interpretaciones que otorguen sentido a quien se pregunta por los rasgos de una sociedad en rápida reconfiguración.

Son textos que entregan relatos generales, globales, totales o comprensivos del presente o, de otro modo, se trata de relatos que ofrecen claves interpretativas del Chile contemporáneo. Pero estas no son meras descripciones. Los relatos se postulan como diagnósticos; las obras de Brunner, Garretón, Moulian y Tironi evalúan los límites y posibilidades de la sociedad en que vivimos, y entregan orientaciones sobre los márgenes de acción futura. La trama o argumento que estructura estos relatos es el cambio social, y su clave hermenéutica principal es una teoría de la modernidad/modernización que se despliega construyendo distintas temporalidades.

Ya sea para definir la necesidad de gestionar nuestra modernidad, o la necesidad de pensar alternativas de historicidad, se trata de cuatro relatos que, al definir interpretaciones y perspectivas de cambio, incorporan abiertamente

una dimensión normativa. En definitiva, como sociologías públicas, estos relatos no solo reflexionan sobre los “valores de una sociedad” (Buroway 2007), sino también sobre la orientación sustantiva de su proyecto histórico.

Sin embargo, más que la ampliación de la sociedad civil hacia grupos excluidos o en desventaja, como puede ser el rol de la sociología pública en Estados Unidos, según identifica Buroway,³⁰ los relatos de los sociólogos chilenos de los noventa se ubican en otro espacio, quizás uno que antecede a la defensa de la sociedad civil: son narrativas que apuntan a producir historicidad, es decir, a proponer un ordenamiento de eventos de modo de generar densidad temporal sobre el presente y posibilitar la lectura de las coordenadas de *lo social* en un momento de rápida y profunda transformación.³¹ En estos relatos, el presente aparece como un efecto o resultado del pasado y, al mismo tiempo, como un período abierto, inconcluso, que no termina de transitar hacia el futuro. En este sentido sugerimos que la sociología pública aquí examinada contribuyó en Chile a crear lo social narrando la sociedad emergente mediante descripciones generales del cambio. Se trata también de una sociología pública urgente, la que, siguiendo la tradición latinoamericana (Martucelli y Svampa 1993), está íntimamente ligada a la evolución política de su sociedad. En el caso de los textos analizados, las transformaciones descritas no refieren, sin embargo, al ritmo de los procesos de democratización institucional propios del análisis de la ciencia política, sino que obedecen al ritmo más lento, denso y largo que provee una lectura sociológica de la modernización. Asimismo, la autoridad que reclaman los autores para con sus diagnósticos no se inscribe solo en la *expertise* profesional, sino que radica también en su capacidad de dar testimonio personal y generacional de eventos que ayudaron a construir o de los cuales fueron testigos privilegiados. En este sentido, la sociología con vocación pública de estos intelectuales de los noventa es también una sociología con importantes componentes testimoniales.

De ahí que estos relatos sean también sociologías de los intelectuales, en la medida en que los textos contienen (o no se pueden elaborar con independencia de) una reflexión sobre la apelación a este rol que los autores juegan al proponer sus relatos a la sociedad. Mientras algunos adhieren a los diagnósticos del declive del rol de la intelectualidad en la sociedad contemporánea (Garretón y Moulian), otros reflexionan más o menos explícitamente sobre la transformación de esta figura (Tironi y Brunner). Más allá de las diferencias, creemos que la de

30 La obra de importantes intelectuales chilenos en torno a la historia del pueblo mapuche, como la de José Bengoa, respondería a esta característica.

31 Cabría preguntarse si esta situación ha cambiado y si existe hoy una sociología pública en Chile que esté abocada a defender la sociedad civil, dando por sentada la institucionalidad social.

estos sociólogos chilenos es una reflexión sobre el trabajo intelectual que es biográfica, que apela a la propia historia y a la forma en que entienden su quehacer.

Relatos modernos, relatos epocales

En tanto se presentan como sociologías modernas, los relatos del cambio de Brunner, Garretón, Moulian y Tironi son también sociologías *epocales*. Los sociólogos no describen la normalidad; por el contrario, sus argumentos surgen en y a raíz del cambio social. Como relatos epocales la obsesión intelectual recae sobre aquello que se transforma, no sobre lo que se mantiene (Savage 2009: 220). Tironi es quizás quien se aleja de esta tendencia en la medida que intenta en ciertos pasajes hacer una sociología de la normalidad, sin embargo, como en los otros casos, su obra supone y depende del cambio.

Las propuestas de los sociólogos chilenos también compartirían la obsesión epocalista con la identificación de lo nuevo. Son relatos que se ofrecen a los actores para ordenar su presente. La labor central de estas sociologías sería describir “las nuevas tendencias y la singularidad del Chile emergente” (Tironi), el “Chile actual” (Moulian), o bien anunciar su llegada: “bienvenidos a la modernidad” (Brunner). Los autores buscarían además relevar lo nuevo explicándolo, enmarcándolo, periodizándolo, contextualizándolo (“la faz sumergida del iceberg”), haciendo su genealogía o, por lo menos, trazando su pasado. A diferencia de la caracterización del *epocalismo* que ofrece Savage, las sociologías descritas no son producto de ciertas metodologías de investigación social que generan la comparabilidad entre épocas. En las obras examinadas, el mismo relato es el dispositivo productor del cambio. En este contexto, cabe preguntarse si este formato de intervención que aquí analizamos, la sociología de los relatos del cambio social, no estaría crecientemente amenazada frente a la proliferación de encuestas y estudios de opinión en Chile, regímenes de *auditoría social* (Strathern 2004) que han adquirido relevancia en la definición del debate público y la producción de nuestro presente en una historicidad de cambios medibles y observables.³²

Los relatos del cambio social como intervenciones públicas

Proponemos que también es posible y conveniente pensar estas sociologías del cambio como intervenciones intelectuales (Eyal y Buchholz 2010), una visión que ya se insinuaba en el trabajo de Brunner y Flisfisch (1983) en donde se asocia al intelectual con la producción de imágenes de sociedad, explicaciones sobre su fun-

32 Una hipótesis similar fue presentada por Brunner en su texto “Sobre el crepúsculo de la sociología y el comienzo de otras narrativas” (1997), donde plantea que frente a las sociedades contemporáneas, el lenguaje de la gran sociología epopéyica (y también de la microsociología) ha perdido terreno frente al lenguaje de los estudios del Banco Mundial y la novela.

cionamiento y la capacidad de persuasión sobre los cambios necesarios de instituir. Como mencionamos, la sociología de las intervenciones se focaliza en analizar los tipos de intervención que los intelectuales realizan en la esfera pública. Este movimiento responde al contexto de crecimiento y complejización de dicha esfera.

Como tipo de intervención, los textos analizados corresponden a narrativas sociales que entregaron tramas o argumentos a una sociedad en rápida y profunda transformación, definieron actores (partidos políticos, elites, masas de consumidores), desplegaron gramáticas, metáforas o nomenclaturas favorecidas por el reemplazo del género académico por géneros literarios (Chile actual, Chile moderno, ciudadano *credit card*), periodizaron el tiempo y propusieron orientaciones sustantivas al proyecto social tanto a través de su participación en el debate público como en su adopción por círculos de toma de decisión política. Por esto mismo, y en cuanto relatos del cambio que nacen y se acogen en diálogo con la política y el espacio público, estas sociologías han sido centrales en la producción del Chile de hoy.

No obstante, en estas intervenciones públicas el autor también juega un rol central. De hecho, en estos textos analizados, la estatura de quienes los produjeron supera y antecede a su relato. Se trata de sociólogos que han sido y son actores políticos centrales y que, desde distintas posiciones —la empresa, el gobierno, la academia—, han sido protagonistas de la historia reciente del país. El autor aparece como un actor histórico y como parte de una generación. Entendemos generación en un sentido histórico y no como una cohorte. Con Mannheim (1952) nos referimos a un grupo de personas que comparten el haber estado expuestos a eventos que modelaron un marco de comprensión común. En este caso, ciertamente la dimensión generacional apunta a haber compartido el quiebre institucional y la dictadura militar. Es, de hecho, desde este momento histórico compartido que sus textos adquieren una dimensión testimonial: en cuanto autores aparecen no solo como portavoces, sino también como protagonistas de la historia reciente.³³

En este sentido, creemos que sigue vigente la necesidad de pensar la intelectualidad en relación a un grupo de referencia, al menos como generación histórica.³⁴ Dicho de otro modo, no solo el texto y su recepción, sino también

33 Cabe señalar que esta condición de ser protagonista y portavoz no es homogénea entre los autores que analizamos. Mientras algunos han tenido un papel visible en la historia política reciente, ya sea como ministros, candidatos y voceros políticos o asesores, otros, como Garretón, han mantenido un lugar menos público y más ligado a la academia.

34 Con respecto al análisis de las intervenciones intelectuales, transferir el foco analítico exclusivamente al momento de la recepción del texto por la audiencia podría deslindar el relato del portavoz que, en este caso, cumple un rol central. Separar la intervención del interventor dificultaría, además, el análisis de la posición desde donde habla el sociólogo. En ambos sentidos, los relatos, como dice Taylor (1989), están “incrustados en una red de interlocución”.

los sociólogos que produjeron estos textos, componen el dispositivo que intervino en la esfera pública contribuyendo a demarcar y narrar el cambio social en el Chile de los noventa.

Referencias

- Alexander, J. (2009). "Public Intellectuals and Civil Society", Fleck, C., Hess, A., y Lyon, Stina E. (eds.), *Intellectuals and their Publics: Perspectives from the Social Sciences*, Farnham/Burlington: Ashgate.
- Bauman, Z. (1987). *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la postmodernidad y los intelectuales*, Ithaca: Cornell University Press.
- Bengoa, J. (1996). *La comunidad perdida. Ensayos sobre identidad y cultura: los desafíos de la modernización en Chile*, Santiago: Sur.
- Bourdieu, P. (2002). *Campo de poder, campo intelectual*, Tucumán: Montessor.
- Bourdieu, P. (2008). *Homo academicus*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P., Passeron, J.-C., y Chamboredon, J.-C. (2003). *El oficio de sociólogo*, México, D. F.: Siglo XXI.
- Brunner, J. J., y Flisfisch, Á. (1984). *Intelectuales y las instituciones de la cultura*, Santiago: Flacso.
- Brunner, J. J. (1988). *El caso de la sociología en Chile. Formación de una disciplina*, Santiago: Flacso.
- Brunner, J. J. (1989a). "Los intelectuales y la cultura del desarrollo", *Cuadernos de Economía*, 26, 79: 311-320.
- Brunner, J. J. (1989b). "Ciencias sociales y Estado: reflexiones en voz alta", Documento de Trabajo, 118, Santiago: Flacso.
- Brunner, J. J. (1992). *América Latina: cultura y modernidad*, México, D. F.: Grijalbo.
- Brunner, J. J. (1993). "Investigación social y decisiones políticas: el mercado del conocimiento", Documento de Trabajo, 42, Santiago: Flacso.
- Brunner, J. J. (1994). *Bienvenidos a la modernidad*, Santiago: Planeta.
- Brunner, J. J., y Moulian, T. (2002). *Brunner vs. Moulian: izquierda y capitalismo en 14 rounds*, Santiago: El Mostrador.
- Burroway, M. (2007). "For Public Sociology", Clawson, D., et al., *Public Sociology. Fifteen Eminent Sociologists Debate Politics and the Profession in the Twenty-first Century* (eds.), Berkeley/Los Angeles/Londres: University of California Press.
- Clawson, D., et al. (2007). *Public Sociology. Fifteen Eminent Sociologists Debate Politics and the Profession in the Twenty-first Century*, Berkeley/Los Angeles/Londres: University of California Press.
- Dahrendorf, R. (1969). *El intelectual y la sociedad*, México, D. F.: Siglo XXI.
- Eyal, G., y Buchholz, L. (2010). "From the Sociology of Intellectuals to the Sociology of Interventions", *Annual Review of Sociology*, 36: 117-137.
- Fleck, C., Hess, A., y Lyon, S. (eds.) (2009). *Intellectuals and their Publics*, Farnham/Burlington: Ashgate.
- Garretón, M. A. (1981). *Las ciencias sociales en Chile al inicio de los ochenta: situación, problemas y perspectivas*, Santiago: Flacso.
- Garretón, M. A. (1989). *La evolución de las ciencias sociales en Chile y su internacionalización: una síntesis*, Santiago: Flacso.

- Garretón, M. A. (1994). *La faz sumergida del iceberg: estudios sobre la transformación cultural*, Santiago: CESOC/Lom.
- Garretón, M. A. (2000). *La sociedad en que vivi(re)mos: Introducción sociológica al cambio de siglo*, Santiago: Lom.
- Garretón, M. A. (2005). "Social Sciences and Society in Chile: Institutionalization, Breakdown and Rebirth", *Social Sciences Information*, 44, 2-3: 359-409.
- Gouldner, A. (1979). *The Future of Intellectuals and the Rise of the New Class*, Nueva York: Seabury Press.
- Gramsci, A. (1971). *Selections from the Prison Notebooks*, Nueva York: International Publishers.
- Güell, P., et al. (2009). *El Chile que viene: de dónde venimos, dónde estamos y a dónde vamos*, Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Hopenhayn, M. (1994). *Ni apocalípticos ni integrados: aventuras de la modernidad en América Latina*, Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Jeffries, V. (2009). *Handbook of Public Sociology*, Lanham: Rowman & Littlefield.
- Larraín, J. (1996). *Modernidad, razón e identidad en América Latina*, Santiago: Andrés Bello.
- Lechner, N. (1986). *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Lechner, N. (1993). "Las sombras del mañana", *Colección Estudios*, Cieplan, 37.
- Lechner, N. (2002). *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*, Santiago: Lom.
- Mannheim, K. (1996 [1952]). "The Problem of Generations", Turner, B. (ed.), *Collected Works*, Londres: Routledge.
- Martuccelli, D., y Svampa, M. (1993). "Notas para una historia de la sociología en Latinoamérica", *Sociológica*, 8, 23.
- Moulian, T. (1997). *Chile actual: anatomía de un mito*. Santiago: Lom.
- Otano, R. (2002). "Prólogo", Brunner, J. J., y Moulian, T., *Brunner vs. Moulian: izquierda y capitalismo en 14 rounds*, Santiago: El Mostrador.
- Pinedo, J. (2000). "Pensar en (la) transición: intelectuales chilenos durante el proceso de transición a la democracia 1990-1999", *Universum*, 15: 189-232.
- PNUD. (1998). *Desarrollo humano en Chile: las paradojas de la modernización*, Santiago: PNUD.
- Riessman, C. (2008). *Narrative Methods for the Human Sciences*, Londres: Sage.
- Savage, M. (2009). "Against Epocalism: An Analysis of Conceptions of Change in British Sociology", *Cultural Sociology*, 3, 2: 217-238.
- Savage, M., y Burrows, R. (2007). "The Coming Crisis of Empirical Sociology", *Sociology*, 41, 5: 885-899.
- Strathern, M. (2004). *Partial Connections*, Rowman: Altamira.
- Taylor, C. (1989). *Sources of the Self: the Making of the Modern Identity*, Cambridge: Harvard University Press.
- Tironi, E. (1990). "Crisis, desintegración y modernización", *Proposiciones*, 18.
- Tironi, E. (1999). *La irrupción de las masas y el malestar de las elites: Chile en el cambio de siglo*, Santiago: Grijalbo.
- Tironi, E. (ed.) (2003). *Cuánto y cómo cambiamos los chilenos: balance de una década*, Santiago: Instituto Nacional de Estadísticas.
- Tironi, E., Ariztía, T., y Faverio, F. (2005). *El sueño chileno: comunidad, familia y nación en el Bicentenario*, Santiago: Aguilar.
- Wallerstein, I. (2007). "The Sociologist and the Public Sphere", Clawson, D., et al. (eds.), *Public Sociology. Fifteen Eminent Sociologists Debate Politics and the Profession in the Twenty-first Century*, Berkeley/Los Angeles/Londres: University of California Press.
- Wright Mills, C. (1959). *The Sociological Imagination*. Nueva York: Oxford University Press.